

Homilía por el 50.º aniversario de la UCA*

Las lecturas bíblicas que hoy hemos escuchado nos ofrecen mensajes muy importantes:

En el Libro de la Sabiduría: Los que no conocen a Dios, los que no lo respetan, los que no tienen compasión quieren destruir al justo porque les incomoda, les molesta, porque pone en evidencia su mal comportamiento, les cae mal. Hay que probarlo, destruirlo y humillarlo, y si es verdad que Dios está con él ya lo defenderá.

El Salmo 53 nos ofrece la visión desde el hombre justo y creyente: el malvado lo persigue a muerte, pero él confía su defensa en Dios, porque tiene la experiencia de que Dios lo apoya y lo salvará.

La carta de Santiago nos presenta la opción entre dos tipos de sabiduría, una verdadera y la otra falsa. Una sabiduría que viene de arriba, que produce la justicia y la paz y todo lo bueno, mientras la otra, la falsa sabiduría, es la que sale de las pasiones del hombre, de su codicia y ambición, del deseo del placer. De allí surgen las envidias, las peleas, los conflictos y toda clase de males. Hay que escoger entre una u otra.

El Evangelio según San Marcos nos ofrece tres elementos fundamentales del cristianismo: el anuncio de la pasión y resurrección de Cristo; la preocupación de los discípulos por saber quién de ellos será el más importante; y la propuesta de Jesús: que sus discípulos establezcan entre sí una relación completamente distinta; el más importante es el que se hace el servidor de todos, el que sirve a los más pequeños, pues Dios está en el más pequeño, en el menos valioso para el mundo.

Veo en estas lecturas, correspondientes a la liturgia de este día, que están muy relacionadas con lo que ha sido la historia de la UCA, con su misión, con su deseo profundo de ser una universidad que realiza su trabajo inspirada en Jesús y en sus enseñanzas, y que busca responder a la misión de promover la fe y luchar por la justicia que la misma fe nos exige, estableciendo entre nosotros y nosotras una relación de hermandad y de servicio.

Pero a la vez, estos textos bíblicos nos desvelan y explican la realidad salvadoreña. Caracterizan muy bien el contexto en el que ha vivido El Salvador y, por tanto la UCA en sus primeros cincuenta años, un contexto que ha estado y está marcado por el conflicto, la persecución y la humillación de los

* Homilía pronunciada el 20 de septiembre durante la celebración de la eucaristía por el 50.º aniversario de la UCA.

justos e inocentes; la imposición del mal por parte de los impíos; la falta de compasión ante la pobreza y el sufrimiento de los pobres por las élites poderosas, que han mostrado una ambición desmesurada de poder y de riquezas a costa del hambre y la pobreza de muchos; la incapacidad de reconocer a Dios en los pequeños, en las víctimas de la injusticia, en los campesinos y campesinas pobres, en los trabajadores, en las mujeres víctimas de maltrato y violencia, en los niños desnutridos, en los jóvenes sin oportunidades, en los presos que inundan nuestras cárceles. Un contexto en que se ha dejado abandonada a una gran parte de la población a su propia suerte, en el que se ha perseguido hasta la muerte al justo (es el caso de monseñor Romero y de otros cientos de mártires), en el que se aniquila al contrario, se desprecia al pequeño, al que no sabe, al que no tiene, al que hace trabajos humildes.

Desde la perspectiva cristiana, es una realidad marcada por el pecado, un pecado que hoy tiene dos caras muy distintas, pero que una es el reverso de la otra. En un lado, la violencia cotidiana, el crimen evidente y permanente del que es víctima al menos una cuarta parte de la población. El alto número de homicidios creciente por parte de grupos criminales, un buen número de ellos (aunque en realidad no sabemos cuántos) causados por las pandillas. En el otro lado, una sociedad que está organizada sobre la injusticia, la falta de oportunidades, la desigualdad grabada en la piel desde el mismo nacimiento, que posibilita que un grupo relativamente pequeño viva en una abundancia escandalosa, mientras la mayoría sufre grandes privaciones materiales y se le niega gran parte de sus derechos humanos fundamentales. Este es un pecado más difícil de ver, es el pecado social, el pecado que está enraizado en las estructuras económicas y sociales de nuestra sociedad. Ciertamente que en el corazón de estos jóvenes violentos, que abusan de la gente, que extorsionan, que matan, hay mucha maldad, pero no podemos dejar de ver que son el fruto de la sociedad que hemos ido construyendo desde siglos. No son así por casualidad, son así porque esta sociedad ha marginado y humillado a sus abuelos, a sus padres y a ellos mismos, no les ha considerado dignos de recibir educación, de tener una infancia feliz, no les ha dado la posibilidad de vivir humanamente, no ha promovido los valores de la justicia, la paz, la solidaridad, el amor...

Esta es la realidad en la que UCA ha vivido, y a la que ha querido servir, en primer lugar, reconociendo que no es la realidad querida por Dios, que no responde al proyecto del Reino de Dios que Jesús proclamó, por el que vivió y murió. En segundo lugar, la UCA ha querido contribuir a su transformación desde su ser universitario, desvelando las injusticias, defendiendo a los pobres y a las víctimas, proponiendo alternativas para una vida y unas relaciones entre los salvadoreños y las salvadoreñas que sean según el corazón de Dios.

Hace 36 años (23/09/1979), en la homilía de ese mismo domingo vigésimo quinto del tiempo ordinario, con la mismas lecturas que hemos leído hoy, monseñor Romero puso por título a su reflexión: “En Cristo se revelan

las tres dimensiones de los verdaderos grandes”¹, y señalaba que las tres dimensiones para ser grande ante los ojos de Dios son: “... primero, la justicia que se prueba en la persecución; segundo, un servicio animado por el amor; y tercero, una trascendencia que identifica con Dios a los más pequeños y humildes”. Estas tres dimensiones a las que hace referencia monseñor Romero me han resultado muy iluminadoras para todos nosotros, y especialmente para la UCA y su caminar futuro. Si queremos ser una universidad cristiana y a la vez ser una gran universidad a los ojos de Dios, monseñor Romero nos señala tres dimensiones necesarias para ser verdaderamente grandes según el corazón de Dios, que no siempre coincide con el de los hombres.

Primero: la justicia que se prueba en la persecución

Los seguidores de Jesús estamos llamados a trabajar por la justicia, porque la justicia es la realización de la verdadera fraternidad, del reconocernos y tratarnos como hermanos e hijos de Dios, es la norma de la relación humana en el Reino de Dios. La justicia de Dios, que va íntimamente unida a nuestra fe, debe brillar en este mundo. Es una noción de justicia profundamente arraigada en las escrituras, que brota de reconocer la igual dignidad de los hijos e hijas de Dios. Es la lucha contra la injusticia que oprime a la humanidad, que brota del pecado del mundo, del oponerse a los planes de Dios.

Y por ello, los que trabajan por la justicia sufren la persecución, porque, como dice la primera lectura, “la actitud del justo nos echa en cara nuestros pecados”. La búsqueda de la justicia, si es verdadera, si responde a la esencia de nuestra fe, será probada en la persecución.

La UCA ha vivido la persecución y el martirio, por su compromiso con la justicia, y ha sido largamente probada. Justo a la mitad de su vida perdió a seis de sus mejores hombres, de los más preparados, los más lúcidos, hombres que nos dejaron un legado importante porque encaminaron la universidad hacia la justicia y la defensa de los pobres. Ellos son testigos del amor y del seguimiento de Jesús. Ellos se convirtieron “en el testimonio creíble de que una institución superior de enseñanza e investigación puede convertirse en instrumento de justicia en nombre del Evangelio”.

Hoy tenemos la tentación de dejar de trabajar por la justicia, de olvidarnos de los pobres. Pero la realidad nos muestra que son muchas las injusticias en nuestro país. Y en el futuro las cosas pueden volver a ser difíciles y puede volver la persecución. Tenemos que seguir fieles a la búsqueda de la justicia y estar preparados para lo que pueda venir. Hemos de hacer nuestras las palabras de monseñor Romero: “Que la lección de Cristo a través del Evangelio de San Marcos sea comprendida y hecha vida en este tiempo en que la necesitamos de verdad. Necesitamos que nuestra pobreza, nuestra marginación, nuestro sufrimiento, nuestra hambre, nuestro subdesarrollo

1. Monseñor Óscar A. Romero. *Homilias*. Tomo V, p. 341, San Salvador: UCA Editores.

no sea solo inspiración de violencias, inspiración de venganzas o de odios; sea, sobre todo, inspiración de verdadera liberación. Ofrecerlo como Cristo aceptó la cruz: voluntad del Padre; pero no para morir conformista bajo una opresión, sino para convertir su resurrección de la opresión en la verdadera fuerza liberadora de nuestro pueblo”.

Segundo: un servicio animado por el amor (y la humildad)

Cristo nos dijo: “No he venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida para la salvación de muchos”. La pretensión humana es más bien la contraria, ¿quién será el más importante entre nosotros?, quién es el que puede más, el que tiene más dinero, el que tiene más poder... Por ello Jesús trató de enseñarles a los apóstoles, a lo largo de su vida, que el seguidor de Jesús debe ser el servidor, el último de todos.

Para Jesús, la verdadera grandeza viene de hacerse el servidor de todos. Se trata de servir con humildad y con amor. Por tanto, si la UCA quiere ser grande, ha de estar movida por un gran amor a este pueblo, que nos duela en las entrañas la dura realidad que se vive en nuestro país y sintamos el deseo de hacernos cada día una universidad servidora del pueblo salvadoreño. Somos gente preparada y eso puede hacernos creídos, prepotentes, creer que tenemos la solución de todo. La humildad es reconocer con sencillez que no lo podemos todo, que somos limitados, que podemos equivocarnos, que otros pueden saber más que nosotros.

Servir a este pueblo nos obliga a salir de nosotros mismos, de este campus, de nuestro propio bienestar. Hay que salir al encuentro del pueblo salvadoreño, con sencillez y humildad, escuchando sus deseos, conociendo sus necesidades, hacerlas propias y buscar la mejor manera de servirle, desde la perspectiva de Dios y de los pobres. Si queremos hacer honor a nuestra inspiración cristiana, debemos vivir y trabajar con un gran deseo de servir a este país y a su gente o, como dice monseñor Romero, “hacer consistir nuestra alegría en servir a Dios en la persona del pobre”.

Como somos una universidad, el servicio será poner todo nuestro conocimiento, nuestras capacidades intelectuales, nuestros estudios al servicio de la gente. Debemos revisar frecuentemente si podemos dar un mayor y mejor servicio. Debemos esforzarnos en formar mejores personas, profesionales más capaces, más humanos, que sepan salir de sí mismos y de actuar como buenos samaritanos con los hermanos que se encuentran tirados en el camino. Debemos hacer lo mejor posible nuestro trabajo, responder más a las necesidades de El Salvador, con mejores y más atinadas investigaciones. Ser capaces de entrarle a los problemas más sentidos por la gente y poner todo nuestro empeño para ofrecer los mejores aportes a la solución de los problemas de nuestro país.

Tercero: Dios se identifica con los pequeños y los humildes

Los cristianos buscamos servir a Dios, y en ello encontramos vida. El evangelio nos enseña que el servicio a Dios va unido al servicio al prójimo. Pero también nos enseña, en este pasaje y en otros, que hay algo más profundo y a la vez más difícil de entender: que Dios se identifica con los pequeños y con los humildes, que Dios se identifica de una manera especial con los desvalidos, los pobres, los enfermos, los que sufren, las víctimas de la injusticia, los hambrientos, los encarcelados... Dios se identifica con los que la sociedad no valora, margina, desprecia, condena, y servirlos a ellos es servir a Dios.

La UCA ha estado pendiente de la realidad de los pobres, ha acompañado a las víctimas de las violaciones a los derechos humanos, ha tratado como universidad de hacer una opción por los pobres, de preocuparse de su defensa y de sus intereses. Pero quizás nos ha faltado aquello en lo que monseñor Romero insiste en su homilía: saber reconocer y acoger a los niños, a las mujeres abusadas, al que sufre la violencia en carne propia, a la víctima que llega a la UCA buscando apoyo, como que de veras estamos tratando con el mismo Jesús, sintiendo que, en el lugar de estas personas pequeñas y humildes, perseguidas y humilladas, está el mismo Jesús. Debemos sentir y vivir realmente las palabras de Jesús: “El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí” o “Todo lo que hagas a uno de ellos a mí me lo haces”. Y saber decir con nuestra entrega y dedicación a los más pequeños, con nuestro apoyo y solidaridad: “Tú vales mucho, tú vales tanto como el señor que vive en las grandes moradas que tú ves y no podrás poseer. Tú eres igual, tú eres hombre como todos, eres imagen de Dios”.

Si queremos ser grandes, debemos saber como universidad “hacer consistir nuestra alegría en servir a Dios en la persona del pobre”. Y son muchos los pobres y las distintas clases de pobreza que hay en nuestro país, y que necesitan de nuestro servicio y amor. Ofrecerlo de verdad es un deber categórico de nuestra universidad, una universidad que se defina porque trabaja por la justicia, animada por el amor y puesta al servicio de los pequeños y humildes.

No quiero terminar sin agradecer de todo corazón a todos aquellos hombres y mujeres que han trabajado y colaborado con la UCA a lo largo de estos cincuenta años. Ellos han hecho la UCA, han sido sus cabezas, sus manos y sus pies, han sido los buenos samaritanos en cientos de ocasiones y merecen un profundo agradecimiento por ello. A todos ellos y a ustedes, muchas gracias por habernos acompañado a lo largo de estos cincuenta años, por compartir esta celebración y porque esperamos que sigan acompañándonos en adelante, exigiendo que la UCA sea fiel a este compromiso, que le ha permitido hacer algún bien y, a la vez, recibir mucho bien tanto de la gente como de parte de Dios.